

esta mirada arrojada sobre el conjunto de las fuerzas vivientes de la creación debe ser considerada como el fruto mas noble de la civilización humana, como el esfuerzo supremo de la inteligencia hácia el fin mas elevado que le sea permitido aguardar. Sin embargo, la ciencia, cuya idea queremos dar aquí, ocupa un lugar determinado en la historia de la civilización. Esta historia debería abrazar simultáneamente los diferentes pueblos, y todo lo que, en cualquiera dirección que sea ha podido tomarse en provecho de su moralidad y de su inteligencia. Colocado en el punto de vista menos vasto de la física general, no consideramos mas que una faz en la historia del conocimiento humano: llevamos sobre todo nuestras miradas sobre los esfuerzos por medio de los cuales se ha elevado uno sucesivamente de los hechos aislados á la idea del todo; nos apegamos menos al desarrollo de cada ciencia, que á los resultados susceptibles de ser generalizado, ó que en diferentes tiempos han servido para hacer las observaciones mas precisas, suministrando á los observadores instrumentos enérgicos.

Ante todas cosas es necesario distinguir cuidadosamente los presentimientos que adelantan á la ciencia de la ciencia misma. A medida que la raza humana se ilustra mas, pasan muchas cosas del primero al segundo estado, y esta transformación oscurece la historia de los descubrimientos. Es bastante muchas veces unir una con otra en su espíritu las anteriores pesquisas, para sentirse animado, sin dar cuenta de una fuerza que guía y fecunda la facultad divinatrix. Qué de esplicaciones no han sido aventuradas entre los Hindous, entre los griegos, y en la edad media, sobre la reunión de los fenómenos físicos; esplicaciones que, avanzadas al principio sin pruebas, y mezcladas á las hipótesis mas gratuitas, han sido apoyadas despues en una experiencia científicamente cierta y constante. No es justo acerear á la imaginación divinatrix, á esta actividad vivificadora del espíritu que anima á Platon, Colomb, Kepler, de no haber creado nada en el dominio de la ciencia, como si, por la ley misma de la naturaleza, debiese permanecer siempre estraña á la realidad de las cosas.

Puesto que la historia física del mundo es, segun la definición dada, la historia de la idea de la unidad aplicada á los fenómenos y á las fuerzas simultáneas del universo, el método de exposición de esta historia debe consistir en la enumeración de los medios, con cuya ayuda la unidad de los fenómenos se ha revelado sucesivamente. Bajo este punto de vista distinguimos: 1.º el esfuerzo libre de la razón elevándose al conocimiento de las leyes de la naturaleza, es decir, la observación razonada de los fenómenos naturales; 2.º los acontecimientos que súbitamente han extendido el campo de la observación; 3.º el descubrimiento de instrumen-

tos á propósito para facilitar la sensible percepción, es decir, el descubrimiento de nuevos órganos que ponen al hombre en relación directa con las fuerzas terrestres y con los espacios mas remotos, que multiplican las formas de la observación y la hacen mas penetrante. Conforme á esta triple consideración, deben ser determinadas las fases esenciales de la historia del Cosmos. A fin de hacernos comprender mejor, vamos á caracterizar de nuevo, ayudándonos de algunos ejemplos, la variedad de medios por los cuales la humanidad ha llegado progresivamente á la posesión intelectual de una gran parte del universo. Citaremos ejemplos, tomados de las tres clases que acabamos de distinguir.

El conocimiento de la naturaleza, remontando á la física mas antigua de los helenos, era sacado de las profundidades de la inteligencia y era el resultado de contemplaciones mas bien que de la percepción de los fenómenos. La filosofía natural de la escuela jónica está fundada en la indagación del orden de las cosas y en la transformación de una sustancia única. En el simbolismo matemático de Pitágoras y de sus discípulos, en sus consideraciones sobre el nombre y la forma, se descubre al contrario una filosofía de la medida y de la armonía. Esta escuela, dedicada á buscar por todas partes el elemento numérico, por una suerte de predilección por las relaciones matemáticas que ha podido tomar en el espacio y en el tiempo, ha descansado, por decirlo así, su base, sobre la cual debían elevarse nuestras ciencias de esperimentos. La historia de la contemplación del universo, tal como yo la comprendo, no se apega tanto á trazar las oscilaciones frecuentes entre la verdad y el error que los pasos decisivos dados en la vía de la verdad y los felices esfuerzos intentados para encubrir bajo su verdadero dia las fuerzas terrestres y el sistema planetario. Ella nos muestra que si Platon y Aristóteles se figuraban la tierra sin rotación ni revolución y como suspensa en su inmovilidad en medio del mundo, la escuela de Pitágoras, con relación á Philolans de Crotona, sin sospechar en verdad la rotación de la tierra, enseñaba por lo menos el movimiento circular que describe alrededor del punto céntrico ó fuego central. (Hestia), Huélas de Siracusa, que remonta por lo menos mas allá de Theophrasto, Heráclides de Pont, y Ephantus, conocían la rotación de la tierra; pero Aristarco de Samos, y sobre todo Seleuco de Babilonia, fueron los primeros que, siglo y medio despues de Alejandro, combinaron el movimiento de la tierra sobre ella misma con la órbita trazada alrededor del sol como centro de todo el sistema planetario. Si la creencia sobre la inmovilidad del globo volvió á aparecer en los tiempos tenebrosos de la edad media, gracias al fanatismo cristiano, y á la influencia dominante del sistema de Ptolomeo; si ya en el sexto siglo de nuestra era, Cosmas Indopentes, habia venido

para dar una idea de la forma de la tierra, en el disco de Talès, es muy justo tambien decir, que, cerca de cien años antes de Copérnico, un cardenal alemán, Nicolás de Cusa, tuvo bastante independencia y valor para proclamar de nuevo el doble movimiento de nuestro planeta. Despues de Copérnico, el sistema de Ticho fué sin duda un paso atrás, pero la marcha no fué mucho tiempo detenida. Luego que se hubo acopiado una masa considerable de observaciones precisas, y el mismo Ticho habia contribuido considerablemente á ello, no podia tardar en hacerse sentir la verdad. Por lo que precede, se ve que el periodo de las oscilaciones en el conocimiento del mundo ha sido sobre todo el de la divinación y de los delirios filosóficos sobre la naturaleza.

Conforme á la observación directa y el trabajo del pensamiento que debían tener por efecto inmediato adquirir un conocimiento mas exacto de la naturaleza, hemos indicado como segunda división los grandes acontecimientos que han podido descubrir á los ojos de los observadores un horizonte mas espacioso. De este número son las inmigraciones de los pueblos, la navegación y las marchas de los ejércitos. Estos viajes son los que han puesto á los hombres aun á explorar la superficie de la tierra, reconocer la disposición de los continentes, la dirección de la cadena de montañas, la elevación relativa de las mesas, y que abriéndole vastas comarcas los han provisto de los elementos necesarios para ir en pos de las leyes generales de la naturaleza. No hay necesidad en estas consideraciones históricas de presentar el encadenamiento de todos los hechos; basta para la historia del Cosmos, recordar en cada época los acontecimientos que han influido mas en el trabajo intelectual de la humanidad y han permitido abrazar mejor la naturaleza. Bajo este punto de vista los acontecimientos mas considerables para los pueblos situados al rededor de la caja del Mediterráneo, son: el viaje de Colocus de Samos, mas allá de las columnas de Hércules, la expedición de Alejandro á la península de la India mas acá del Ganges, la dominación de los romanos, los progresos de la civilización árabe y el descubrimiento del nuevo continente. En todos estos hechos, lo que importa es conocer menos los detalles que marcar la influencia que han ejercido sobre el desarrollo de la idea del Cosmos, ya sea que se trate de un viaje de descubrimiento, de los progresos de un largo retorno dominante por un alto grado de cultivo, y por las numerosas obras maestras que ha producido, ó del conocimiento rápidamente esparcido de los monzones de la Africa y de la India.

Puesto que al enumerar estas diversas causas de impulsión, he citado el ejemplo de las lenguas, haré resaltar de una manera general su importancia bajo dos puntos de vista enteramente distintos. Consideradas aisladamente las

lenguas esparcidas en vastas comarcas, obran como medios de comunicación entre razas separadas á largas distancias. Si, al contrario, se compara una con otra, si se observa su organización interior y los diversos grados de parentesco que las unen, hacen entrar mas antes en la historia de la humanidad. La lengua de los griegos y su nacionalidad, tan íntimamente unida á ella, han ejercido un mágico prestigio sobre todos los pueblos que han estado en contacto con ellos. La lengua griega, protegida por el imperio de Bactriano, aparece en el Asia central como un vehiculo de la ciencia helénica que, mezclada á la ciencia indiana, será llevada diez siglos despues por los árabes á las comarcas mas occidentales de la Europa. Gracias á la antigua lengua de los Hindous y á la de los Malais, se han entablado relaciones de comercio entre los pueblos esparcidos en el archipiélago del Sud-este de la Asia, sobre las costas orientales del Africa y en la isla de Madagascar. Aun se puede decir con verosimilitud, que revelando la existencia de los contadores establecidos por los Bacnianos de la India, estas lenguas han sido la ocasión de la atrevida expedición de Vasco de Gama. Las lenguas que se han hecho dominantes han ejercido una benéfica influencia en el contacto de la familia humana, de la misma manera que la extensión del cristianismo y del bouddhismo. Por desgracia fué sofocando precozmente otras lenguas con detrimento de las cuales se cimentaban.

Comparadas entre sí y consideradas como los objetos de esta *Ciencia de la naturaleza*, que puede aplicarse tambien á las cosas espirituales, las lenguas agrupadas en familias, conforme la analogía de su estructura interior, se han convertido en un manantial precioso de conocimientos históricos; he aquí una de las conquistas mas brillantes de los sesenta ó setenta últimos años. Las lenguas, siendo la producción espontánea de la inteligencia humana, nos encontramos conducen á indagar los rasgos principales de su organismo, á una remota oscuridad que precede á toda tradición. El estudio comparativo de las lenguas nos manifiesta como unas razas separadas por vastos países, son sin embargo unidas entre sí y originarias de una misma comarca; ellas nos descubren la dirección y el camino de las antiguas inmigraciones. Siguiendo el camino de las épocas críticas de la historia de las lenguas, el filólogo reconoce en la fisonomía, mas ó menos alterada de estos idiomas, en la permanencia de las formas particulares ó en la descomposición y disolución del sistema general de las formas, qué raza se ha conservado mas inmediata á la lengua usada en otro tiempo en la patria comun. Estas indagaciones sobre los primeros caracteres del lenguaje en las épocas remotas, indagaciones en las cuales la especie humana es considerada como un organismo viviente, encuentran materia am-

plia para ejercitarse en la larga cadena de lenguas indo-germánicas, que se extienden desde el Ganges hasta la península Ibérica, desde la Sicilia hasta el Cabo Norte. El estudio de las lenguas comparadas históricamente ayuda aún a descubrir de qué lugares han sido sacadas en el origen ciertas producciones que, desde la más remota antigüedad, han sido objeto de importancia para el comercio.

Estas consideraciones, esclarecidas por medio de ejemplos, manifiestan que el estudio comparativo de las lenguas y las indagaciones puramente filosóficas, ofrecen un poderoso socorro a los que quieren abrazar con una mirada general el parentesco de la raza humana y los diferentes caminos que ha seguido su marcha, partiendo sin duda alguna de muchos centros distintos. Los medios racionales, con cuya ayuda se ha desarrollado sucesivamente la idea del Cosmos, son, después de esto, de naturaleza muy diversa, las indagaciones sobre la estructura de la lengua, la explicación de los documentos históricos ocultos bajo los geroglíficos y bajo los caracteres cuneiformes, el perfeccionamiento de las matemáticas y sobre todo del cálculo analítico, tan poderoso para resolver los problemas que presentan la forma de la tierra, el flujo del Océano y los espacios celestes. A estos medios auxiliares se unen en fin las invenciones materiales que nos crían de algún modo nuevos órganos, dan a nuestros sentidos más penetración y nos ponen en relación directa con las fuerzas terrestres y con los puntos más lejanos del espacio. A fin de mencionar aquí sencillamente los instrumentos que hacen época en la historia de la civilización, citaremos el telescopio y la combinación que se ha hecho con él, por desgracia muy tarde, con los instrumentos de medida; el microscopio compuesto que proporciona medio de seguir el desarrollo de la materia orgánica y de observar en los cuerpos esta actividad eficaz, según la expresión de Aristóteles, que es el origen de sus transformaciones; el compás y los diferentes mecanismos aplicados a las indagaciones del magnetismo terrestre; el péndulo empleado como medida del tiempo, el barómetro, el termómetro, los aparatos higrométricos y electrométricos; el polariscopio en fin, destinado a observar los fenómenos de la polarización coloreada, ya sea que la experiencia lleve sobre la luz que irradia de los astros, ya que se aplique a la luz esparcida en la atmósfera.

La historia de la contemplación del mundo, fundada como acabo de explicar, sacada de las reflexiones de los fenómenos naturales, sobre un encadenamiento de hechos considerables y sobre las invenciones que han extendido el círculo de la percepción sensible, no puede ser presentada aquí, aun limitándose de antemano a los rasgos más característicos, sino de un modo rápido e incompleto. Yo me lisonjeo, sin embargo, con la esperanza de que este rápido bosquejo pondrá al lector en estado de comprender

mas fácilmente el espíritu en el cual podría llegar a ser un día completado con un cuadro tan difícil de trazar. Tanto aquí como en el cuadro de la naturaleza, que llenó el primer volumen del Cosmos, no me esmeraré en agotar los detalles, sino en desarrollar con claridad las ideas generales propias para esclarecer algunas vías que debe recorrer el observador, haciendo de historiador. Supondré la serie de acontecimientos y de causas que los han producido. Estos acontecimientos, en efecto, no tienen necesidad de ser referidos: fué bastante el citarlos y marcar su influencia sobre el conocimiento progresivo del mundo. Con tal objeto, creo que sería, debo repetirlo, imposible ser exacto, y por consiguiente no es este el fin de semejante empresa. Al hacer esta declaración, con el objeto de conservar en un libro del Cosmos el carácter que por sí solo lo hace practicable, siento esponderme de nuevo a la censura de los críticos, acostumbrados menos a juzgar un libro conforme a su contenido que a lo que debía comprender en su punto de vista individual. Para las épocas remotas he emprendido detalles más minuciosos que para los acontecimientos recientes. Allá donde los manantiales son menos abundantes, es más difícil generalizar las miras, y es necesario para justificarlas, citar hechos que no pueden ser conocidos de todos. Yo me he tomado también la libertad de repartir el desarrollo de un modo desigual, cuando he creído, refiriendo algunas particularidades, poder dar mayor interés sobre la exposición.

De la misma manera que el conocimiento del mundo ha comenzado por una suerte de intuición divinatrix, y algunas observaciones positivas sobre las partes aisladas sobre el dominio de la naturaleza, del mismo modo creemos deber tomar por punto de partida en esta relación, un espacio limitado de la tierra. Elegiremos el mar, a cuyo derredor se han agitado los pueblos cuyos conocimientos han sido el fundamento real de nuestra civilización occidental, la sola tal vez que no ha sufrido jamás interrupción en sus progresos. Se pueden seguir las grandes avenidas que han traído al Oeste de la Europa los elementos de la civilización y de un conocimiento más general de la naturaleza; pero en la multiplicidad de estas corrientes es imposible reconocer un origen primitivo. Vastas miras, apoyadas en el conjunto de las fuerzas de la naturaleza y el sentimiento de su unidad, no son el privilegio de lo que se llama un pueblo primitivo, denominación dada, según los sistemas históricos que han dominado sucesivamente, unas veces a una raza semítica situada en la parte septentrional de la Caldea, en el país de Arpaxad (el Arrapachitís de Ptolomeo), otras a las razas de los Hindous y de los Inanienses encerrada en el país de Zend, entre el Oxus y el Yasarte. La historia en tanto que se apoya en

téstimos humanos, no reconoce pueblos originarios ni asiento primordial de la civilización; no admite esta física primitiva ni esta ciencia revelada de la naturaleza que habría sido sofocada más tarde bajo las tinieblas de la barbarie y del pecado. El historiador penetra las capas tenebrosas amontonadas por los mitos simbólicos, para llegar a la tierra firme sobre la cual se han desarrollado, conforme con las leyes naturales, los primitivos gérmenes de la civilización humana. En una remota antigüedad, en el límite del horizonte que puede descubrir la verdadera ciencia histórica, se ven grandes centros de cultura brillar simultáneamente como puntos luminosos e irradiar los unos hacia los otros: el Egipto, cuyo brillo remonta a cincuenta siglos por lo menos antes de nuestra era; Babilonia, Ninive, Cachemira, el Iran y la China desde la primera colonia que de la vertiente Nord-Este del Koculim se trasportó al valle regado por la corriente inferior del Hoangho. Estos puntos centrales traen a la memoria involuntariamente las estrellas magnas que centellean en el firmamento; eternos soles del espacio celeste, cuya fuerza luminosa conocemos sin poder, salvo un número pequeño de entre ellos, medir la distancia relativa que los separa de nuestro planeta.

La hipótesis de una física primitiva revelada a la primera raza humana, esta ciencia de la naturaleza devuelta a los pueblos salvajes y que la civilización no habría hecho más que oscurecer, pertenece a una esfera de conocimientos, o mejor dicho, de creencias profundamente arraigadas en los dogmas más antiguos de la India en la doctrina de Crischna. "Es probable que la verdad fué en su origen depositada entre los hombres, pero poco a poco fué decayendo hasta hacerse olvidar." El conocimiento vuelve sin embargo después como un recuerdo.

De propósito dejamos indecisa la cuestión de saber si todas las razas a que se da hoy el nombre de salvajes se hallan efectivamente en un estado de rudeza natural y originaria, o si un gran número de entre ellas no son como ha podido conjeturarse a veces por la estructura de su lenguaje, sino razas convertidas en salvajes o como si dijéramos, restos esparcidos escapados de un naufragio y en el cual hubiera perecido desde muy temprano una primera civilización. Al observar de cerca a los que hemos convenido en llamar los hombres de la naturaleza, en nada se descubre esa pretendida superioridad en el conocimiento de las fuerzas terrestres que por amor a lo maravilloso se ha concedido a los pueblos no civilizados. Sin duda el sentimiento confuso de la unidad que liga entre sí todas las potencias de la naturaleza puede herir la imaginación aun en el estado salvaje; pero semejante sentimiento nada de común tiene con los esfuerzos emprendidos para llegar a una comprensión pura del conjunto de los fenómenos. Las ob-

servaciones verdaderamente generales sobre el mundo no pueden resultar sino de la observación y combinaciones intelectuales; preciso es pues que ellas sean preparadas por un contacto largo e íntimo de la humanidad del mundo exterior. Tampoco son la obra de una raza única; son el fruto de las comunicaciones recíprocas y del comercio que se establece, si no entre todos los pueblos del globo, si entre un gran número de ellos.

Al principio de este volumen, al describir el reflejo que el mundo exterior produce en la imaginación del hombre, hemos buscado en la historia general de las letras los rasgos que más vivamente espresan el sentimiento de la naturaleza. Haremos lo mismo con respecto a la historia de la contemplación del mundo, extractaremos de la historia de la civilización la noticia de cada uno de los pasos dados para el conocimiento del universo. Estas dos partes tienen una ligazón no debida a la casualidad sino a su misma causa, pues tienen entre sí las mismas relaciones que las ciencias a que son debidas. La historia de la cultura humana contiene en sí la historia de las fuerzas fundamentales del espíritu humano, y también la de las obras literarias o artísticas en las cuales, con tendencias o direcciones diversas, esas fuerzas se han manifestado. De la misma manera debemos reconocer en el sentimiento vivo y profundo de la naturaleza, tal como lo hemos descrito, según la diferencia de tiempos y de raza, una investigación eficaz a observar atentamente los fenómenos y el mundo compuesto de su conjunto.

En razón misma de la multiplicidad de las corrientes que han trasportado los elementos de la ciencia de la naturaleza y a causa de los siglos, esta ha sido repartida desigualmente sobre la superficie del globo: conviene pues, como lo hemos hecho ya notar, tomar por punto de partida en la historia de la contemplación del mundo un grupo único de pueblos y escoger aquel en quien se encuentra el germen de toda nuestra civilización occidental. La cultura intelectual de los griegos y los romanos puede parecer sin duda muy reciente si se la compara con la del Egipto, la de la China y la de la India; pero a despecho de las revoluciones y de la mezcla de las naciones invasoras, los elementos extraños que les han afluído del Oriente y del Mediodía, se han reproducido sin interrupción sobre el suelo europeo asociados de su civilización indígena. En los países donde los conocimientos numerosos se hallaban extendidos muchos millares de años há, la barbarie lo ha hundido todo en las tinieblas, o si no, conservando las antiguas costumbres o las instituciones políticas complejas e invariables como en China, las naciones se han detenido completamente en la vía de las ciencias y de las artes industriales; sobre todo han llegado a ser extrañas a las comunicaciones de pueblo a pueblo, sin las cuales no pue-

den formarse las ideas generales. Gracias al inmenso desarrollo de su navegacion, los pueblos europeos, y aquellos que originarios de la Europa han pasado á otros continentes, se han hecho presentes, por decirlo así, por do quiera, mostrándose á la vez en los mares y en las costas mas lejanas. Los países que no poseen ellos pueden amenazarlos. En su ciencia, cuya herencia se ha trasmitido siempre casi sin interrupcion en su nomenclatura científica que se ha conservado tambien durante mucho tiempo, se encuentran los rasgos de numerosos caminos, por los cuales han penetrado en esos mismos pueblos invenciones importantes, ó á lo menos el gérmen de esas invenciones; rasgos que son como las vetas de la historia de la humanidad. De esta manera han recibido de la estremidad oriental de la Asia el conocimiento de la direccion y de la declinacion de la aguja móvil imantada; del Egipto y de la Fenicia varias preparaciones quimicas, tales como el vidrio, materias colorantes animales ó vegetales y óccidos de los metales; de la India el uso de un pequeño número de cifras que tienen la cualidad de representar por medio de su posicion un valor mas ó menos elevado.

Desde que la civilizacion ha abandonado sus primeras habitaciones situadas entre los trópi-

cos ó en las zonas subtropicales, se ha fijado en esta parte del mundo europeo, cuyas regiones septentrionales son menos frias que los puntos de la Asia ó de la América situadas en las mismas latitudes. El continente de la Europa es casi una isla occidental de la Asia, y ya he explicado cómo debe la dulzura civilizadora de su clima á esta circunstancia, á su forma dividida y articulada que tanto elogiaba Strabon; á su situacion frente á frente del Africa que se estiende así á los lejos bajo el ecuador, y, finalmente á los vientos del Oeste que en contacto con el Océano son por este motivo mas cálidos en el invierno.

Las condiciones físicas de la Europa han opuesto á los progresos de la civilizacion menos obstáculos que la Asia y la Africa, donde vastas cadenas de montañas paralelas ó inmensos desiertos de arena móvil forman límites muy difíciles de atravesar. Para esponer pues en sus fases principales la historia de la contemplacion del mundo, escogeremos uno de esos rincones del mundo que por sus relaciones topográficas y su colocacion ha favorecido mas las comunicaciones entre los pueblos y el engrandecimiento de las ideas cósmicas que han sido su resultado.

EL MAR MEDITERRANEO.

I.

El mar Mediterráneo considerado como punto de partida de las relaciones que han producido el engrandecimiento sucesivo de la idea del Cosmos.

Platon indica bastante bien un sentimiento profundo de la grandeza del mundo al señalar con estos términos en el *Phedon*, los estrechos límites del mar Mediterráneo:

“Nosotros todos los que ocupamos el espacio comp rendido entre el Phaso y las columnas de Hércules, no poseemos mas que una pequeña parte de la tierra, agrupados en torno del mar Mediterráneo como ranas ú hormigas en torno de su charco.”

Sin embargo este reducido estanque sobre los bordes del cual, los egipcios, los fenicios y los griegos han hecho florecer una brillante civilizacion, ha sido el punto de partida de los mas notables acontecimientos. De aquí han marchado las colonias que han poblado vastas regiones en Africa y en Asia, y las expediciones marítimas con cuya ayuda fué descubierto todo un nuevo continente occidental.

En su forma actual, el mar Mediterráneo ha conservado el rastro de una division anterior en tres recipientes cerrados y limiándose el uno al otro. La fuente, por decirlo así, del mar Egeo está limitada hácia el Sur por el arco de círculo que forman, partiendo de las costas de Caria, las islas de Rodas, de Creta y Citerrea (Cerigo), y que va á terminar en el Peloponeso, no muy lejos del promontorio Malca. Mas al Oeste se halla el mar Ioniano ó la fuente de Syrtes que encierra la isla de Malta. La punta occidental de la Sicilia dista apenas ochenta

ta y nueve miriámetros de las costas de Africa y la aparicion súbita pero rápidamente desvanecida de la isla volcánica Ferdinandea, surgiendo del fondo de la mar en 1831 al S E de las rocas calcáreas de Sciacca, es la prueba más evidente que pueda darse de un esfuerzo hecho por la naturaleza para cerrar nuevamente la fuente de Syrtes entre el cabo Grantola, el banco de la Aventura, reconocido por el capitán Smith, la isla Pantelaria y el cabo Bueno; y para separar igualmente este mar del Tirreniano. La fuente de este último reúne las ondas del océano que penetra á través del estrecho de Gibraltar, y comprende la Cerdeña, las islas Baleares y el pequeño grupo volcánico de las Columnas españolas.

Esta division del mar Mediterráneo en tres fuentes debe haber detenido al principio el impulso de los viajes y descubrimientos emprendidos por los fenicios y los griegos; pero despues, por el contrario, los ha favorecido. Los griegos permanecieron mucho tiempo encerrados en el mar Egeo y en el de Syrtes. En los tiempos Homéricos el continente de Italia era todavía una tierra desconocida. Los phoceos fueron los que primero penetraron en el mar Tirreniano al Oeste de la Sicilia, y navegantes con destino á Tartessus tocaron en las columnas de Hércules.

Conviene no olvidar que Cartago estaba situada entre el límite de la mar Tirreniana y la